

El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 6º



LA CARRERA DE LA MUERTE

El peligro que acababa de surgir a espaldas de los tres audaces aventureros era mucho más terrible que el que hasta aquel momento habían corrido. Solos en el desierto dorado, sin una ruta definida para encontrar algún lugar dónde ampararse, y con el sanguinario Huang y su cruel segundo Ceng detrás de ellos, seguidos de más de cuarenta feroces mogoles, su aventura amenazaba con terminar de una manera trágica y para siempre.



Fidel Prado

La carrera de la muerte

El dragón de fuego - 6

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2020

Fidel Prado, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SÉPTIMO ANIVERSARIO

Proyecto Scriptorium



Más libros, más libres





Capítulo primero

UNA PELEA EMOCIONANTE

El peligro que acababa de surgir a espaldas de los tres audaces aventureros era mucho más terrible que el que hasta aquel momento habían corrido. Solos en el desierto dorado, sin una ruta definida para encontrar algún lugar dónde ampararse, y con el sanguinario Huang y su cruel segundo Ceng detrás de ellos, seguidos de más de cuarenta feroces mogoles, su aventura amenazaba con terminar de una manera trágica y para siempre.

Todos los peligros y sobresaltos que habían corrido aquella noche memorable para escapar de la mina de jade y recobrar su libertad perdida, estaban resultando estériles, y para agravar más su situación el feroz mogol no les perdonaría la jugarreta que le habían hecho burlándose de él.

Regis, apretando los dientes con furor, exclamó:

—Dime Kao ¿tienes idea del sitio dónde estamos y adónde podemos dirigirnos?

El chinito, demostrando una serenidad fría, exclamó:

—Kao no sabe aún... Lejos, allá... está su aldea, pero Kao perdido en el arenal... Tendría que andar más...

—Bueno, contigo no puedo contar ahora para que nos orientes... ¿Sabes disparar?

—Sí, Kao maneja revólver.

—Bien, toma éste y dispara cuando yo lo haga, pero procura apuntar bien. Hay pocas balas y tenemos que aprovecharlas.

Caminando a retaguardia para cubrir a sus compañeros, Regis midió la distancia, pero como no encontraba seguro el blanco aún, no quiso romper el fuego.

—Apriétenles la punta de los cuchillos en la barriga a estos haraganes de camellos y háganles trotar hasta que echen las tripas por la joroba. Yo me encargaré de mantener a raya a esos monos

con barbas.

Los viajeros azuzaron a los camellos que apenas si aligeraron un poco su paso ya vivo, y con el alma en un hilo preguntándose cuál sería el final de aquella nueva aventura, continuaron caminando por el desierto entre nubes asfixiantes de polvo de arena, que se aferraba a sus gargantas y hería sus ojos.

Regis seguía con mirada furiosa los movimientos de sus perseguidores. Éstos lo componían un grupo de unos cuarenta mogoles, altos y fieros, casi todos montados en camellos y algunos en pequeños caballos del país.

Aunque aún estaban a distancia, Regis creyó descubrir en vanguardia al sanguinario Huang y se prometió meterle una buena bala de fusil en la boca para cerrársela y no oír más sus asquerosos e impresionantes berridos.

Los mogoles, más diestros en manejar los camellos y sacarles partido, ganaban terreno poco a poco, y ya algunas balas perdidas en el vacío habían saludado a los aventureros de manera peligrosa.

Pronto se estableció un notable pugilato entre un tártaro de sucias y enmarañadas barbas, que montaba un caballo blanco de muchos nervios y un chino atlético, de rostro chupado. Ambos, destacándose del grupo, habían ganado la delantera a éste y avanzaban como cortando la distancia que les separaba de los fugitivos.

Regis les veía avanzar, a un, haciendo filigranas en el aire con el fusil, y al otro, blandiendo un curvo y afilado alfanje, y estaba deseando tener la seguridad en el disparo para intentar frenar la carrera de aquellos impresionantes fanfarrones.

El tártaro, excelente tirador, lanzó al aire su fusil sin cejar en la carrera, y al cogerle en la caída le hizo dar la vuelta ágil entre sus manos y disparó.

Regis sintió silbar la bala junto a sus oídos de un modo alarmante, y aunque era más fácil disparar de frente que volviéndose sobre la montura, intentó no estar en desventaja con sus enemigos.

Haciendo una extraña filigrana dio la vuelta sobre el lomo del camello, sentándose al revés sobre él y gritando a Kao que se ocupase de que el camello no tomase una falsa dirección y siguiese su rumbo se dispuso a medir sus fuerzas con los perseguidores.

—Bueno, amiguitos —gruñó preparando su fusil—, yo no hago filigranas de circo con el arma, pero a veces donde pongo el ojo pongo la bala y ahora mismo voy a demostrároslo.

El tártaro, en su afán de exhibición, había vuelto a tirar el fusil al alto dispuesto a repetir la hazaña en el momento en que Regis apretaba el gatillo y disparaba.

Por un efecto raro, el disparo alcanzó al fusil cuando se hallaba en el aire y fue cosa que le obligó a romper a reír con estrépito al observar cómo el arma, alcanzada por el proyectil, volaba como un pájaro, y el tártaro, al creer apresar su fusil, cerró las manos en el vacío.

—Bueno —volvió a gruñir Regis—. Este numerito de circo se te ha acabado. Veamos cuál empieza ahora.

La réplica no se hizo esperar mucho. Cuando el tártaro reaccionó, furioso, llevó su mano a la cintura, y sacando el revólver disparó con rapidez.

Excelente tirador, esta vez consiguió algo de lo que se había propuesto. El proyectil rozó al camello, el cual hizo un extraño movimiento que por poco lanza al vacío al intrépido jinete.

Regis, furioso, afinó la puntería y replicó con saña. También él era excelente manejador del fusil y su disparo certero alcanzó al tártaro en pleno pecho, haciéndole vacilar sobre la silla para concluir por caer de espaldas como un fardo.

—Bueno —exclamó divertido el bravo criado—. Se acabaron los títeres. A ver; otro payaso a la arena.

Gritos de rabia y de furor acogieron su hazaña, y dos docenas de disparos vibraron en el arenal, silbando las balas peligrosamente.

Regis, viendo que la cosa se ponía seria, ordenó:

—Disparen ustedes también. Hay que rebajar un poco el cupo de enemigos, a ver si se les bajan los humos.

El profesor y Kao dispararon sus armas, uno de los dos hizo blanco, pues otro jinete mordió la arena, provocando mayor número de alaridos.

Regis que no tenía mucha confianza en la habilidad del chinito, quiso probar su puntería antes de que desperdiciase las municiones estúpidamente, y gritó:

—Ven aquí, Kao. Ponte a mi lado y dispara. Quiero ver qué sabes hacer con un arma en la mano.

El muchacho, que había imitado a Regis montando al revés sobre el camello, extendió el brazo, apuntó con calma eligiendo víctima, y cuando creyó oportuno disparó.

El terrible chino, armado de alfanje, que mantenía su puesto en la vanguardia del grupo, volteó sobre su montura y salió disparado de ella de modo fulminante.

—¡Sobresaliente, querido! Eres una caja de laca con sorpresa, Kao —aseguró Regis—. Sigue a mi lado y usted profesor, mientras la cosa no se ponga más fea, cuide de la dirección de estos animalitos. Me parece que nos vamos a divertir un ratito.

Los perseguidores, furiosos, pero escarmentados, decidieron apelar a una maniobra. La de abrirse en abanico y tratar de desbordar a los fugitivos por los flancos para evitar el peligro y gozar de mayores posibilidades de éxito.

—Malo —gruñó Regis—. Aquí hay algún general de opereta que dirige la operación. Vamos a cuartear para que no se salgan con la suya.

En lugar de caminar en línea recta, formaron un medio punto, evitando ser desbordados por uno de los lados, mientras que al acercarse a la otra ala disparaban sobre los más cercanos, logrando abatir a otro par de perseguidores.

—Ya van cuatro —afirmó Regis—, si lograra ponerme a tiro de Huang que se me esconde como una urraca entre sus hombres, sería el más feliz de los mortales.

Animado por esta idea buscaba la forma de disparar sobre el inhumano explotador de «coolies», y estudiaba sus movimientos sin conseguir ponerle a tiro de su fusil.

Mientras, iban ganando millas entre nubes de polvo que cegaban sus ojos y resecaaba sus gargantas. El arenal, inhóspito y cruel, seguía mostrándose terso y dilatado, sin atisbar nada que sirviese para formar un parapeto, desde el que batir a aquella horda sin desventaja, y no como lo hacían hasta aquel momento.

Los disparos se cruzaban sañudamente, aunque Regis, temiendo que le obligasen a gastar con demasía la poca cantidad de proyectiles que poseían, había dado orden a Kao que disparase cuando se creyese seguro de hacer blanco y dejase a aquella horda que gastase sus municiones a placer; cuantas menos municiones poseyeran, tanto mejor para los perseguidos.

La distancia parecía mantenerse casi igualada. Algún perseguidor, en un esfuerzo intenso, lograba separarse del grupo y avanzar, pero unas veces era alcanzado por los certeros disparos de Regis, y otra se veía obligado a ceder en el esfuerzo inútil.

Huang, que se mantenía a prudente distancia de las balas, gritaba como un energúmeno a sus hombres para que terminasen pronto con aquel maldito trío que les traía en jaque hacía varias horas, pero sus gritos se perdían en el vacío.

La tarde avanzaba rápidamente. Pronto las sombras de la noche caerían sobre el arenal y esto dificultaría la persecución, aparte de que a cada hora se distanciaban más de su base de partida.

Comprendiéndolo así Huang, hizo un esfuerzo, y azuzando a su camello, uno de los más veloces de la caravana, se adelantó intrépidamente con el fusil en la mano.

Regis, al descubrirle, lanzó un grito de alegría y exclamó:

—¡Por las barbas de Buda cuando Buda gastaba barbas; me parece que ha llegado la hora de pasarle nuestra factura a este caballerete!

Y montando el fusil se aprestó a medirse con el feroz mogol.

Pero éste, que resultó ser un perro viejo en la pelea del desierto, tomó sus precauciones antes de ofrecerse al peligro. Tumbándose sobre el camello para ocultar el cuerpo por el largo cuello del animal, sacó el cañón del rifle por uno de los lados y se dispuso a empezar la batalla.

El profesor, que se había unido al grupo disparando con él, gritó al observar la maniobra:

—¡Cuidado, Regis, si te expones así a darle cara caerás antes de tocarle! No ofrece blanco alguno.

—¡Ya lo veo, malditas sean sus barbas!... Voy a tener que imitarle, aunque a mí no me protegerá el cuello de este rumiante.

Se tumbó como pudo sobre el camello, apoyando las manos y la cara sobre el lomo y trató de cubrir de disparos a la montura de su enemigo, el cual, sin replicar, seguía azuzando al camello para acercarse más a Regis.

Entretanto, Kao, sin decir palabra, se había separado del grupo hacia la derecha, corriéndose horizontalmente.

Ni Regis ni el profesor se dieron cuenta de su maniobra, preocupados como estaban en dar la cara al mogol, tratando de

localizarle con sus fusiles.

Por fin Huang disparó. La bala, bien dirigida, rozó la cabeza de Karus, faltándole unas centésimas para no recibir en ella el impacto, y aunque Regis replicó al disparo, no logró hacer blanco.

Se cruzaron varias detonaciones con suerte adversa. El camello del profesor recibió un tiro en la piel, cerca de un anca, y el de Huang debió resultar tocado próximo al cuello, porque dio un bote terrible, siendo dominado por el jinete, y la batalla no parecía decidirse por ninguno de los dos bandos.

De repente, distrajo la atención de los fugitivos un clamor terrible que se elevó de las filas adversarias, mientras un grupo de mogoles se destacaba del grueso de las fuerzas avanzando hacia la derecha impetuosamente. Regis, alarmado, volvió la cabeza y palideció horriblemente.

Kao, que se había distanciado de ellos insensiblemente, había dado vuelta a su montura, e imitando al sanguinario mogol, aparecía tumbado sobre el cuello del camello, pero avanzando diagonalmente hacia sus enemigos en lugar de huir de ellos.

Ni el profesor ni Regis acertaron a darse cuenta de aquel cambio de actitud, hasta que del camello brotó el humo de un disparo y observaron cómo Huang, alcanzado por un flanco, caía del camello abatido por el certero tiro del pequeño chino.

—¡Por Confucio! —gritó Regis entusiasmado, irguiéndose sobre el camello y tratando de correr en auxilio del bravo Kao—. ¡Nos ha dado una lección de estrategia el pequeño sapo amarillo! ¡Bravo, valiente ratoncito!

El chino, rápido como una centella, había hecho dar la vuelta a su montura y volvía a unirse al grupo, mientras el profesor y Regis le amparaban, cubriendo su retirada con una serie de disparos feroces.

El grupo de perseguidores, al ver a su jefe, se detuvo para auxiliarle. Huang no debía haber caído muerto pero si mal herido, pues se vio cómo le izaban sobre el camello y dos de sus secuaces se dedicaban a atenderle, mientras el resto continuaba la persecución, pero más desanimados y con menos bríos.

Regis y el profesor, que ya se habían unido al valiente chinito, le felicitaron efusivamente, y Karus seriamente afirmó:

—Es lástima que no pueda ocuparme de ti, pequeño. Tienes

madera y sacaría de ti un provecho beneficioso para la humanidad.

—Quién sabe —afirmó el criado—. A lo mejor un día se presenta la ocasión de que pueda usted pagar a este bravo sapillo la ayuda que nos está prestando. Estoy viendo que me va obligar a reconciliarme con los hijos del Celeste Imperio.

Las sombras de la noche empezaban a invadir el arenal. Una temperatura más suave soplaba del Norte, y los fugitivos, casi agotada la existencia de agua de sus odres, parecían más aliviados y animosos.

De pronto Kao se elevó sobre el camello, y tendiendo su aguda mirada hacia adelante gritó:

—¡Oh! Kao sabe ya...

—¿El qué? —preguntó Regis.

—Kao sabe ya dónde estar... Ahora no perder camino y poder burlar persecución.

—¿Cómo? —preguntó el profesor—. ¿Estás seguro, pequeño?

—Sí, Kao seguro. Seguir a Kao y él llevará a honorables señores a lugar donde burlar enemigos.

Esperanzados le siguieron y pronto se dieron cuenta de que el terreno empezaba a cambiar insensiblemente.

Algunos declives rompían la monotonía de la llanura amarilla, ahora casi azul por efecto de la luna, que empezaba a surgir en el horizonte y de vez en vez peñascales aislados emergían de la planicie.

Regis no perdía de vista al grupo de perseguidores que se había quedado rezagado, pero que no desistía de la persecución.

—¿No crees que les dejaremos atrás?

—No. Ellos encuentran rastro siempre. Yo conocer hombres. Irían hasta fin de China husmeando a extranjeros.

—Entonces, ¿cuál es tu plan que tan seguro estás de burlarles?

—Cuando llegar cerca de lago, Kao explicar.

Apretando el paso de los cansados camellos, que empezaban a acusar la fatiga, ganaron algunas millas, mientras el terreno se iba mostrando más bronco y el arenal perdía su fisonomía dilatada.

Una serie de estribaciones rocosas aparecía a su derecha cada vez más complicadas, y Kan examinaba, con ojos de lince, el terreno. Por fin exclamó:

—Correr, correr mucho un rato... Necesitar perder un poco de

vista enemigos... Entonces Kao burlarles bien.

Obedeciendo sus indicaciones azuzaron a los camellos con las puntas de los cuchillos, y los pobres animales, al sentir el dolor, acentuaron su trote, dejando más atrás a los pegajosos chinos.

Cuando por fin sólo eran una cosa vaga en el horizonte azul, Kao dijo nervioso:

—Mirar allí... Aquellas rocas... Arrojaros de camello y ganar rocas... Luego seguir senda mala hacia Norte, hasta alcanzar aldea oculta en hondo... Allí vive Kao.

—Pero ¿y tú, qué vas a hacer?

—Yo sigo con camellos a lago. Meteré en agua a pobres animales y saldré nadando por otro lado... Yo buscar a honorables señores. Ellos creer que atravesamos lago y seguir al otro lado. ¡Correr!

Regis y el profesor, confiando en la sagacidad del muchacho y en las pruebas de lealtad que ya les había dado, se arrojaron de los camellos, pero Kao advirtió:

—No pisar... dejarías huellas... Arrastrarse a peñascos y procurar borrar pista... Ellos descubrirían sino...

Regis y el profesor, comprendiendo la advertencia, se tiraron al suelo, y rodando como pelotas, mientras aventaban la arena con la mano, se dirigieron todo lo rápidamente que les fue posible hacia los peñascales, que apenas distaban unos cincuenta metros.

Kao, seguro de que sus amigos lograrían alcanzar los peñascales rápidamente, recogió las bridas de los tres camellos, y azuzándoles sin compasión continuó hacia adelante, dispuesto a poner en práctica su plan.

El profesor y Regis alcanzaron por fin los salientes rocosos, y cuando estuvieron a cubierto en ellos se detuvieron consultándose con la mirada.

—¿Qué hacemos? —preguntó el criado—. Me remuerde la conciencia dejar solo a ese pequeño héroe.

—Y a mí, pero parece seguro de lo que intenta.

—Es una joya, profesor. Creo que nos sería de una utilidad grande si le uniésemos a la expedición.

—Seguramente, pero... ¿querrá? ¿Lo consentirá su madre?... ¿No le expondremos a una muerte cierta de la que nos culparíamos toda la vida?

—Sí, tiene usted razón. Lo siento porque le he tomado cariño, pero no debemos ser tan egoístas. Ésta es misión nuestra, únicamente y a nosotros nos incumben los futuros peligros.

Iban a continuar por la especie de senda, cuando Regis se detuvo afirmando:

—Creo que debíamos aguardar aquí a ver qué sucede. Si descubriesen el truco desde estos lugares tendríamos un buen baluarte para zurrarles bien la badana.

—Pues esperemos, al menos hasta que pasen cerca.

Eligieron unos peñascos altos, tras los que se podían ocultar perfectamente, y tumbados sobre ellos, con los fusiles al alcance de la mano y la vista clavada en el arenal, aguardaron con el corazón palpitante.

Poco más tarde llegó a sus oídos el guirigay de los gritos de sus perseguidores, que seguían el rastro sañudamente. Dos expertos en huellas caminaban en vanguardia, examinando el terreno inclinados sobre sus camellos. Cuando llegaron al lugar donde los fugitivos se habían arrojado de sus monturas, se detuvieron indecisos, y Regis murmuró al oído del profesor:

—Prepárese, porque me parece que han adivinado la estratagema. Son demasiado listos para dejarse engañar.

Pero contra sus cálculos, después de un momento de vacilación, se lanzaron hacia adelante, siguiendo las claras huellas de los tres camellos.

—¡Picaron! —exclamó gozoso el criado—. Creo que ahora podemos seguir hacia adelante.

—Lo que no me perdonaré nunca —dijo el profesor— es si ese bravo muchacho no logra completar su plan y le descubren o persiguen.

—¡Oh! ¡Entonces le juro que recluto bandidos en el centro de china y vuelvo con ellos a volar las minas y todos sus cochinos explotadores!

Durante más de una hora caminaron por una especie de senda encajonada entre los peñascales. El camino era duro, pero como no encontraban otro supusieron que era el que conducía a la aldea de Kao.



Así avanzaron durante más de dos horas, molidos por la áspera caminata hasta que, por fin, los peñascales se abrieron paulatinamente, desembocando en una especie de llanura metida en un hondo.

A la luz de la luna distinguieron unas láminas plateadas que refulgían intensamente. Eran arenales circundando una especie de pista. Y dentro de ellos un hacinamiento de casuchas bajas y pobres, fabricadas con bambú y tejados de hojas de arroz.

Ambos se detuvieron indecisos. Kao no les había dado más detalles, e ignoraban cuál era la casa del muchacho, ni cómo les recibirían presentándose a tales horas.

Entendiendo que lo mejor era esperar la llegada del día, buscaron acomodo a cubierto y se dispusieron a pasar una mala noche, pero una hora más tarde una sombra surgió de los arrozales avanzando decidida hacia el sitio donde moría la senda.

Regis se irguió con el fusil amartillado, pero luego, sonriendo, exclamó:

—Me juego las orejas contra un Buda de cien metros a que esa sombra que avanza hacia aquí es Kao.

—No es posible. ¿Por dónde puede haber llegado?

—¡Bah! ¿Puede usted preguntar a una lagartija por dónde se ha filtrado entre las peñas para llegar a lo alto? Igual sucede con estos chinos del demonio.

En efecto, cuando el bulto estuvo más cerca Regis distinguió claramente la silueta del muchacho, y lleno de alegría le salió al encuentro.

—¡Kao! —gritó.

—Aquí estoy, honorables señores —contestó el chino con acento gozoso.

—¿Conseguiste lo que te proponías? —preguntó Karus.

—Sí, honorable profesor. A estas horas andarán locos lago adentro buscando nuestras huellas... Kao tuvo que luchar mucho con camellos para cruzar lago, pero dejó que marcharan adelante. Luego, escondido en orilla, entre sauces, vio enemigos meterse en agua. A estas horas estarán al otro lado de lago buscando honorables señores.

—¿No crees que volverán sobre sus pasos y darán con nosotros?

—Fácil no es... Muchos caminos a seguir fuera de lago... Perderán pista y no sabrán qué hacer.

El profesor y Regis abrazaron conmovidos al muchacho, y después de felicitarle por su hazaña preguntaron:

—¿Has visto ya a tu madre?

—Kao no ver aún a su honorable madre. Esta espera regreso de Kao y de su padre y llorará mucho cuando sepa horrible tragedia.

La voz del muchacho se había estrangulado un poco al evocar la pérdida del padre amado y suponer el dolor de la infeliz madre, y los dos aventureros sintieron en su alma una punzada dolorosa como una compenetración con sus amarguras.

—Bien; llévanos a tu casa, pequeño —dijo profesor—. Te ayudaremos a consolar a tu honorable madre.

—Gracias, ustedes ser muy buenos... Mi honorable madre sentirá gran alegría de saber que extranjeros salvaron la vida de su querido y pequeño hijo.

Y marchando delante les guió hasta el conglomerado de casitas.

Capítulo segundo

METIÉNDOSE EN LA BOCA DEL LOBO

La vivienda del pequeño Kao era una de las primeras que encontraron al avanzar. Se trataba de una especie de choza con una pequeña empalizada, tras de la que algunas gallinas picoteaban en la tierra desesperadamente.

Kao se adelantó a sus salvadores, y después de empujar la puerta de tablones mal unidos se encontró en una estancia oscura, pobremente amueblada. La mesa y algunas sillas de bambú eran el escaso mobiliario que se destacaba a la vista de los recién llegados.

Una china bajita, de edad indefinida, pues igual podía contar veinte años que cuarenta, con los ojos muy oblicuos y vivaces recibió al pequeño Kao, abrazándole ceremoniosamente. El chino, en su lenguaje gutural, rápido y cortante, dio cuenta breve de su odisea, terminando por extender el brazo señalando al profesor y a Regis, que, en la puerta, inmóviles, esperaban la reacción dolorosa de la infeliz mujer.

Pero ésta, grave y silenciosa, apenas si dejó asomar a sus ojos un brillo extraño, avanzando ceremoniosa, haciendo mil reverencias y besando las estropeadas vestiduras de los dos aventureros dijo:

—Honorables señores, es para mi placer ofrecerles esta asquerosa mansión, indigna de tan elevados personajes. Pido al cielo les bendiga eternamente por haber salvado a mi pequeño hijo, ya que no pudieron hacer igual con su pobre padre, y mi indigna persona y todo cuanto me rodea les pertenece.

A una indicación de su hijo se apresuró a abandonar la estancia para prepararles algún alimento, pues todos llegaban hambrientos y extenuados, y Kao invitó a sus huéspedes a salir para que respirasen el aire fresco de la mañana y contemplasen su modesta hacienda, un arrozal pequeño, en el que trabajaban los tres para sacar el producto cotidiano y un campo de mijo.

Kao contó detalles de su vida. Las fatigas que pasaban trabajando la propiedad, los largos viajes que hacía con un pequeño pollino para colocar sus mercancías, la vida triste y solitaria en aquel apartado rincón del desierto, expuesto a las razias de los bandidos mogoles, que asolaban la región en busca de alimento o ganado, y el anhelo que su padre había sentido siempre de poder reunir un puñado de yens para poderse trasladar a otra aldea próxima a Kucilma, donde tenían unos parientes acomodados.

—¿Cuántos yens necesitaría tu madre para dejar este oscuro rincón y trasladarse con su familia? —preguntó Karus.

—¡Oh, honorable señor! —contestó dirigiéndose al profesor que le había hecho la pregunta—. Muchos... acaso cincuenta, tal vez sesenta...

—¿Nada más?

—¿Es poco? El honorable profesor no sabe que jamás hemos podido reunir más de cinco.

Karus, después de un momento de reflexión, dijo:

—Vamos a ver, Kao, ¿a ti te gustaría viajar con nosotros?

—¡Oh, mucho, honorable profesor!

—¿Aunque supieses que este viaje podía costarte la vida?

—¿Qué importa eso? Aquí estamos expuestos todos los días a que los bandidos vengan y nos maten.

—Pues bien, escúchame. Si tu madre consiente en ello te llevaremos con nosotros. Yo le entregaré esos sesenta yens para que se traslade con sus familiares y tú te vendrás con nosotros a correr nuestra suerte. Si salimos con bien te llevaré conmigo a Inglaterra para que estudies y llegues a ser un gran mandarín. ¿Te conviene?

Kao, emocionado, se arrodilló, hizo cientos de reverencias, besó las vestiduras de ambos aventureros, y luego corrió a dar cuenta a su madre de la proposición que le hacían.

Regis, muy contento por la decisión que su señor había tomado, comentó:

—Creo que es la mejor adquisición que hemos hecho, profesor. Presiento que este pequeño sapo amarillo, nos va a ser de mucha utilidad en el viaje.

—Y yo. Si salimos con bien, prometo hacer de él un hombre.

—Le nombraremos gran mandarín, como usted dice, a ver si acaba con todos los escorpiones que ensucian su patria.

Poco después, Kao regresaba saltando de gozo. Su madre agradecía a los honorables extranjeros la gracia que le hacían, y ponía gustosa en sus manos a su pequeño Kao.

Poco más tarde devoraban el modesto arroz como si fuera un manjar, y a una invitación del chino descansaron unas horas sobre unas esterillas de paja que les brindó a modo de lecho.

Ya de noche fueron despertados para devorar otro cuenco de arroz, y se tumbaron de nuevo hasta la mañana siguiente, que se encontraron más descansados y fuertes.

Después de estudiar la situación acordaron buscar unos caballos del país, que eran muy resistentes, y a lomos de ellos avanzar hacia el sudoeste, alcanzando Paoteuchen, en la frontera mogólica, por donde cruza el Río Amarillo.

Ya allí se informarían si por casualidad andaba el «sampang», fletado por el embajador inglés, y si no le buscarían a lo largo del río hasta encontrarlo, caso de que no hubiese desistido de mantenerlo en la ruta si les creía muertos.

Karus ardía en deseos de poder comunicar a *Sir* Hamilton que continuaban vivos, pero la más elemental prudencia le aconsejaba abstenerse de dar toda noticia. Quizá había sido un bien para ellos aquella última aventura, pues probablemente hasta los propios afiliados al «Dragón de Fuego» habrían perdido su pista y les creerían muertos en el desierto.

Kao se sentía capaz de guiarles hasta Kucilma, pues había estado allí con su padre dos veces y conocía la ruta, y desde dicha ciudad, una de las dos más importantes de la frontera mogólica, no les sería difícil alcanzar la que deseaban.

Se discutió la posibilidad de tropezar de nuevo con los bandidos de la mina de jade, y Kao opinó que o habrían continuado hacia el oeste hasta alcanzar la Gran Muralla, en cuyo caso tardarían en regresar, o se habrían vuelto desde el lago al perder su pista.

El profesor no ignoraba que existía una línea férrea, que partiendo de Pekín iba a morir en Paoteuchen, pero prudentemente quería huir de viajar por rutas fáciles y conocidas, pues, de existir vigilancia, estaría concentrada en estos lugares estratégicos y de fácil vigilar.

Prefería alargar el viaje y hacerlo con incomodidad, pero con relativa seguridad de éxito, y por tal razón desechó la rapidez más o

menos problemática de aquel ramal férreo.

Karus quiso antes de emprender la jornada acompañar a la madre de Kao hasta la aldea a que estaba dispuesta a ir, pero ella se negó. Antes de abandonar aquel lugar quería deshacerse de la miserable casucha por la que le darían algunos yens. Vendería también el arrozal y el campo de mijo, y luego, con alguna caravana de vecinos de los que bajaban a la capital, haría el viaje sin precipitación ni excesivo peligro.

De acuerdo en todo, Karus entregó a la infeliz viuda los yens prometidos que ella recibió de rodillas, con la cabeza pegada a la tierra, y después de dar a su hijo una serie de consejos filosóficos, muy propios del carácter chino, se despidió de ellos acompañándoles hasta la senda por donde habían venido.

Regis había adquirido los caballos a un precio bastante razonable en la aldea, y aunque no se mostraba muy satisfecho de viajar a horcadas de un cuadrúpedo, que le obligaba a ir con los pies encogidos para no arrastrarlos por los peñascales, en cambio le agradaba la resistencia de la montura.

Cuando ya caída la tarde iban a alcanzar el arenal, Kao les hizo señas para que se detuvieran y, adelantándose, salió hasta el desierto a estudiar las huellas que pudiera encontrar próximas al atajo.

Al cabo de una hora regresó más tranquilo.

Bandidos vueltos a la mina —dijo—. Kao encontró pista de camellos volviendo grupas al este... Honorables amos, pueden caminar confiados.

Tranquilos con las palabras del muchacho se arriesgaron a salir al arenal, donde Kao les mostró las huellas que había descubierto y que corroboraban sus afirmaciones.

—Con tal de que no haya quedado alguno emboscado por ahí —advirtió Regis—. Estos mogoles no me inspiran confianza alguna.

—Tenemos que arriesgarían —afirmó el profesor— o de lo contrario volver a Pekín y embarcarnos para Inglaterra.

—¡Eso nunca! —se apresuró a decir Regis—. ¡Prefiero habérmelas con todas las ranas las ranas ictéricas de China a darle a nuestro amigo Wang-Cheng el gustazo de huir y dejarle el campo libre!

—Ahora que hablas de Wang-Cheng —comentó el profesor

siguiendo a Kao, que había tomado la dirección de la pequeña caravana—, ¿qué habrá sido del Gran Sapo, como tú lo llamas? ¿Moriría en el incendio?

—¿Ese bicho asqueroso? ¡Quiá!... Tiene la piel de las salamandras. Me apuesto las orejas contra sus bigotes de goma, a que anda metido en alguna cloaca reorganizando sus sapos para tratar de mordernos en la primera ocasión que se le presente; como si estuviera viéndole.

—Me gustaría saber por dónde anda —dijo Karus—. Estoy más tranquilo sabiendo por dónde se mueven los enemigos, que caminando a ciegas.

—Y yo también, pero si vive, ya verá usted qué poco tardamos en saludar a puñetazos o a tiros a algún bastardo de su banda.

Haciendo comentarios y cábalas para el porvenir y acampando en el arenal para reponer fuerzas y descabezar un poco el sueño, continuaron su áspera jornada durante un par de días hasta que al atardecer del tercero, dieron vista a un terreno menos desolado, que les advirtió de la proximidad del lugar que buscaban.

La tierra, menos amarilla y más pedregosa, se abría a su paso señalando en lontananza plantaciones de laureles, algún algodónero y otros arbustos o plantas que indicaban signos de civilización.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Regis.

—Convenía entrar en el poblado. Tenemos que renovar nuestro vestuario, adquirir alimentos y orientarnos un poco antes de emprender la aventura. No sabemos nada del mundo amarillo hace casi dos meses.

Kao, prudente, intervino para decir:

—Si honorables señores quieren, yo entrar en poblado y adquirir ropas. No deben presentarse así, pues serían sospechosos.

—Tienes razón, pequeño. Toma y adelántate. En aquel macizo de laureles esperamos tu regreso.

Kao tomó dinero y, veloz, partió hacia el conglomerado de casas que se divisaba a regular distancia. Por lo que alcanzaban a vislumbrar, Paoteuchen les pareció un poblado de ocho a diez mil habitantes, cuya densidad de población les podía favorecer para más desapercibidos.

Mientras el chino regresaba, Regis, que había conservado dentro de su peto de malla el frasquito de la pintura, las barras y los

pinces, procedió a recomponer sus rostros afinando el color amarillo, la oblicuidad de los ojos y demás detalles y cuando quedó satisfecho, dijo:

—Creo que nuevamente vestidos, podemos pasar entre esta gentuza sin inspirar sospechas.

Era casi de noche cuando Kao regresó con un bulto de ropa que puso a los pies de Regis, demostrando el cansancio que le había producido la rápida jornada.

—¿Qué noticias nos trae el pequeño Confucio? —preguntó el criado.

—Ninguna mala, honorable señor. Muchas en gente en Paoteuchen. Hay mercado y han acudido vendedores de aldeas próximas. Creo que pasaremos sin ser notados.

El criado deshizo el paquete encontrando dos trajes modestos propios de trabajadores del campo. Consistían en unas blusas lisas de color amarillo, unos pantalones rectos blancos, con ribetes rojos en los bajos y dos sombreros de paja de maíz de forma un poco cónica, con alas muy amplias.

—Bravo, pequeño —comentó—. Estos sombreros harán pasar más desapercibidas muestras facciones.

Escondieron sus ajadas vestiduras entre los laureles y montando en los caballejos, se dirigieron al pueblo.

—Posada buena ha visto Kao a la entrada —advirtió el chinito—. Río cae al otro lado. Si quieren, podemos buscar otra más allá.

—Cualquiera es buena para dormir esta noche —afirmó Regis.

Por fin alcanzaron el poblado. Éste, sucio, feo, compuesto de casa bajas hacinadas unas contra otras, formando callejones fétidos y malolientes, por los que transitaban individuos vestidos de modo pintoresco, apenas si se diferenciaba de otras muchas localidades chinas donde la higiene y la ventilación brillan por su ausencia.

El grupo, apenas alcanzó los arrabales, se detuvo ante un edificio achatado, bastante largo de fachada, con una enorme puerta abierta, en cuyo interior se agitaba un compacto grupo de «coolies» armando un pandemónium horrible con su cháchara gutural y silbante.

Un viejo escuálido, de largos y lacios bigotes y amplia coleta, se esforzaba en atender a los que le rodeaban demandando alguna cosa y nuestros héroes se unieron al grupo para solicitar

habitaciones.

Cuando Kao se hizo oír del viejo éste negó poseer habitación alguna, pero el chinito le dijo algo al oído y el viejo sonriendo, hizo ademán de que le siguieran.

—¿Qué le has dicho a ese sapo coletudo? —preguntó Regis en voz baja.

—Que le pagaremos mejor que los demás. Somos traficantes de arroz que hemos vendido bien nuestra mercancía y no nos importa gastar un poco más.

—Eres maravilloso, muchacho. Adelante.

Subieron por una sucia escalera, alcanzando el único piso de la posada. El viejo de los lacios bigotes abrió dos tabucos continuos entre si y afirmó:

—Es cuanto tengo. Os costará un yen por día las dos habitaciones.

Regis abonó el importe de aquella noche y después de comer de las provisiones que aún les restaban, decidieron que Kao durmiese en una de las habitaciones y el profesor y Regis en la otra.

Como estaban cansados de la jornada, pronto se quedaron dormidos, no sin antes tomar toda serie de precauciones, para que no les sorprendiesen si por una casualidad alguien les había seguido y descubierto.

La noche transcurrió sin novedad y, muy de mañana, se levantaron, dispuestos a ultimar sus preparativos de marcha.

—Que se encargue Kao de adquirir provisiones y nosotros daremos una vuelta a echar un vistazo al río por si por casualidad estuviese por aquí el «sampang» de Su Excelencia.

—Sería demasiada casualidad, Regis —afirmó el profesor—. Lo mejor será alquilar uno o un junco manejable y tratar de remontar el Hoang-Ho.

—Esto es lo malo, tener que navegar contra corriente.

Era más cómodo y en cualquier caso más beneficioso hacerlo al revés.

—Sí, pero no está en mi mano volver el río al contrario. Hay que tomar las cosas como vienen.

Alcanzaron el lado opuesto de la ciudad hasta llegar al río. Éste, ancho, sucio, amarillo, desigual en su curso, se deslizaba monótono entre orillas en las que unas veces la corriente lamía el borde y

otras se hundía algunos metros por debajo de ellas.

Algunos juncos o «sampangs» bogaban río abajo lánguidamente. Varias embarcaciones amarradas a pilastras de madera clavadas en tierra, descargaban arroz o té, mientras otras se afanaban en tomar mercancías.

El profesor y Regis recorrieron la orilla examinando atentamente las muchas embarcaciones amarradas en ellas, pero no pudieron descubrir ninguna que tuviese el casco pintado según el acuerdo.

—Quizá esté haciendo el recorrido Tendremos que alquilar algún barcucho de éstos para seguir hasta Lancheu —aseguró Karus.

—Pues volvamos a la posada a recoger nuestras cosas y vamos a ponernos en camino cuanto antes. No me gusta esta aglomeración de gente sucia y maloliente.

Cuando regresaban a la posada, al cruzar por una pequeña plazoleta, descubrieron un grupo de curiosos que se arremolinaban formando corro y Regis, curioso como buen europeo, se acercó a echar un vistazo para descubrir lo que sucedía en el interior del corro.

Pronto se dio por satisfecho. Se trataba de tres chinos que no excederían de doce o trece años. Los muchachos, con una agilidad y una flexibilidad digna de un invertebrado, realizaban toda suerte de ejercicios gimnásticos y de contorsión, retorciéndose lo mismo que reptiles. Regis, indiferente, trató de volver a salir del grupo, pero éste había engrosado rápidamente y le aprisionaban hacia dentro impidiéndole la salida.

Con la brusquedad y la fuerza propias en él, apartó a los curiosos a empujones, e incluso a uno de ellos que le cerraba la salida con más insistencia, le apartó de modo inconveniente, metiéndole un codo en el estómago, cosa que obligó al favorecido a lanzarle no sólo una maldición, sino una mirada rencorosa de odio.

Pero el individuo, al lanzar su protesta y fijar sus pequeños ojos en Regis, bajó rápidamente la cabeza, como si se hubiese arrepentido de hacer frente al coloso y escurriéndose entre el grupo, salió disparado hacia la orilla del río, sin que Regis volviese a fijar su atención en él, al parecer, insignificante chino.

Continuando su camino, regresaron a la posada donde ya esperaba con impaciencia el pequeño Kao. Había adquirido buena cantidad de víveres que aparecían en tres regulares sacos de paja de

maíz y algunas otras cosas útiles para el viaje.

Después de ocultar los rifles y limpiar cuidadosamente los revólveres, así como de asegurarse que los cuchillos salían con facilidad de sus escondites, se dirigieron de nuevo hacia el río, dispuestos a contratar una embarcación.

Discutieron un tanto si convenía tomar un junco o una simple barca movida a remos. El junco les ahorraría trabajo con la vela, aunque al alcanzar los rápidos se verían obligados a remontar la corriente con ayuda de los braceros que deberían izar el barco con cuerdas desde las orillas. En cambio, con una barca a remos, al llegar a los rápidos, podían sacarla de la corriente y transportarla por tierra hasta salvar los desniveles del agua.

Después de mucho discutir, optaron por el junco. Se ahorrarían muchos esfuerzos, aunque era más expuesto la ostentación que iban a realizar alquilando el barco con sus modestos ropajes de segadores de arroz.

Al acercarse a la orilla, el chino con quien Regis había tropezado en la plazoleta, se acercó humilde y solícito, siempre con la barbilla clavada en el pecho, ofreciendo una embarcación para cruzar la orilla y el profesor rechazó la propuesta, indicando que necesitaba un junco para remontar el río.

El chino, sonriente, le dijo que podía indicarle el más veloz y seguro de todo Paoteuchen y tirando de sus vestidos, les llevó hasta un junco tripulado por diez chinos, al parecer inofensivos, que aparecían tumbados al sol.

—¡Junco magnífico! —afirmó el guía—. «Coolies» fuertes en los rápidos... Tirar bien de cuerdas... Patrón conoce bien el Hoang-Ho.

A Regis le pareció el junco excelente. Lo encontraba bastante limpio y fino de proa, con una vela cuadrangular de paja de maíz muy trenzada, que aguantaría bien el aire.

Karus entró en tratos sobre el alquiler. Después de mucho discutir, concertó el junco en cinco yens diarios.

Cuando el chino que les había servido de guía les vio decidirse y subir al junco, hizo un gesto especial con la mano al patrón, el cual contestó con otro idéntico y el chino, solicitando una limosna por su intervención, se quedó en la orilla haciendo reverencias a los viajeros.

Éstos instalaron sus bultos debajo de una achatada toldilla que

había en el centro de la barcaza, cubierta con hojas de maíz para preservar a los viajeros y tripulantes de los rayos del sol y el patrón, dando orden de atracar el junco, lo lanzó al centro de la corriente, que el barco empezó a remontar trabajosamente, ayudando a la vela media docena de remos.

Luego, acercándose a Karus, preguntó melifluo:

—¿Honorables viajeros dirán dónde piensan dejar junco?

Karus, prudente, se apresuró a decir:

—No lo sabemos aún. Tenemos que hacer algunas gestiones comerciales en diversos puntos del río e ignoramos dónde terminaremos el viaje. Nosotros pagaremos los cinco yens por día y lo demás no es cosa vuestra.

El patrón hizo una mueca que no se supo si era de disgusto o de aprobación y se reunió con sus hombres, atento a vigilar su trabajo con su inseparable látigo en la mano.

Capítulo tercero

LA SORPRESA

Como el profesor había supuesto, el incendio del palacio de Wang-Cheng y la batida que se dio contra él y sus secuaces, sólo sirvió para producir daños materiales en la propiedad del terrible jefe de «El dragón de fuego» y desorganizar de momento toda su mecánica por muerte de muchos de sus elementos de enlace, pero Wang-Cheng, previsor y astuto como buen chino, todo lo tenía previsto para un posible ataque y, así, cuando consideró imposible resistir más entre las humeantes ruinas de su palacio, alcanzó una galería secreta seguido de tres de sus más fieles auxiliares y tomando varios cofres llenos de alhajas que guardaba en una cámara subterránea, se internaron por la galería, que después de un largo y tortuoso recorrido, iba a salir a una de las muchas cloacas de las que desembocaban en el río. Al alcanzar el pestilente lugar, Wang-Cheng rechinó con ira los dientes al considerar su precaria situación, viéndose obligado a bucear entre los albañales de la población y se juró tomar la más refinada venganza el día que consiguiese poner de nuevo la mano encima de sus mortales enemigos.

Con cieno y porquería hasta la cintura, se internaron por la sucia cloaca alumbrados por las linternas eléctricas que llevaban y tras media hora de recorrido, alcanzaron un lugar donde una fuerte reja de hierro cerrada con poderosas cerraduras les cortaba el paso.

Wang-Cheng extrajo de sus sucios bolsillos una llave y tras penosos esfuerzos, consiguió abrir la reja saliendo al exterior.

Los cuatro se encontraron en una especie de galería socavada en un viejo trozo de muralla junto al río, cuya salida al agua estaba obstruida por un enorme bloque de piedra.

En el hueco se escondía una embarcación fina y alargada, en la que había un enorme arcón cerrado con fuertes cerrojos.

Wang-Cheng abrió el arcón, poniendo al descubierto en su interior media docena de trajes, armas de fuego y cortantes y algunas otras cosas útiles para una huida. Cambió sus vestiduras por otras más modestas, obligó a sus acompañantes a imitarle, retocó un poco sus facciones con unos pinceles que guardaba en una cajita de laca y escondiendo un par de revólveres en sus bolsillos, dijo a sus secuaces:

—Vamos a sacar la barca y a dirigirnos a

Tien-Tsin

. Allí hallaremos refugio adecuado y podremos dedicarnos a reorganizar nuestras actividades.

En la noche oscura nadie descubrió la maniobra y la pequeña embarcación fue llevada a la orilla y lanzada al agua, tripulada por los cuatro personajes de la secta. Dejándose deslizar por la corriente, apenas si tuvieron que ocuparse más que dirigir el timón y Wang-Cheng, terriblemente furioso por la derrota sufrida, se mordía las afiladas uñas, preguntándose cómo podría reanudar la persecución de sus enemigos y apresarles rescatando al tiempo los datos del tesoro.

Encarándose con uno de sus compañeros, dijo:

—Vamos a la pagoda de Laokay, donde nos refugiaremos hasta que cese un poco la persecución y los registros. Allí reorganizaremos las cosas y nos ocuparemos de esos diablos blancos que nos han causado tales perjuicios. Hay que darles caza de alguna manera o nos expondremos a sufrir la crítica de nuestros afiliados.

—¿Tienes algún plan, Gran Jefe? —preguntó uno de ellos.

—Tengo muchos. En la pagoda los discutiremos.

Cuando al día siguiente llegaron a

Tien-Tsin

, desembarcaron en un lugar escogido de antemano. Lo hicieron a orillas de una depresión del terreno, entre el que Wang-Cheng buscó, hasta encontrar una especie de cueva donde fue escondida la chalupa y el arcón.

Luego, tomando los cofres que portaban, dieron un gran rodeo para evitar encontrarse con mucha gente y, por fin, alcanzaron en las afueras una pequeña pagoda de techo de porcelana pintado de brillantes colores, a cuya puerta Wang-Cheng llamó de un modo peculiar.

Una especie de monje con sayal amarillo y una capucha echada hacia atrás, entreabrió la puerta, preguntando:

—¿Qué desea el hijo del Celeste Imperio de este humilde siervo de Buda?

—La caricia del dragón es mortal —dijo Wang-Cheng.

—¿De qué está compuesto su veneno? —preguntó el monje.

—De fuego.

—Pase el hermano de «El dragón de fuego» —dijo el monje, retirándose discretamente de la puerta.

Wang-Cheng penetró el primero seguido de sus acompañantes y cuando la puerta quedó cerrada, presentó su mano derecha, mostrándole la rara sortija que lucía, en la que se destacaba un dragón de Oro con los ojos de brillantes y unos signos extraños en derredor.

—¿Conoces esto? —preguntó.

El monje se dejó caer de rodillas, exclamando:

—Solamente el más Sabio y el más honorable de los humanos tiene derecho a exhibirlo. Ordena a este vil gusano, cuya vida te pertenece.

—Llévame a la cámara secreta. Nadie debe saber que estoy aquí.

—Descuida. Millones de escorpiones me comerían la lengua antes de declararlo. Sígueme, Gran Jefe.

Atravesó el pequeño templo y al llegar frente a la imagen de Buda que se erguía al fondo, se postró de rodillas y palpó el pedestal. Momentos después, una losa del pavimento se corrió a un lado, mostrando un oscuro hueco. Descendiendo por una estrecha escalera, Wang-Cheng alcanzó una pequeña cámara que ocupaba toda la extensión del fondo del templo, mientras el sacerdote, cerrando la trampa, se entregaba arriba a sus oraciones.

La cámara iluminada con farolillos aceitados, estaba adornada en sus paredes de piedra por dragones, banderas y gallardetes y mostraba en un ángulo un cómodo lecho así como varias mesitas de laca, sillas de bambú con asientos de maíz y un pequeño armario fuertemente cerrado. Wang-Cheng hizo señas a sus acompañantes para que se sentaran, e indicando la cámara, dijo:

—Éste es uno de los muchos refugios que poseo en toda China para burlar una posible persecución. «El dragón de fuego» podrá ser perseguido, pero jamás deshecho.

Luego, mirando a los tres, añadió:

—Ayer, cumpliendo honrosamente su deber, han muerto en mi palacio los tres más altos jefes de la secta. He de nombrar sus sucesores y si vosotros, cuya fidelidad declaro, os mostráis dignos de ello, alcanzaréis sus puestos.

—Habla, Gran Jefe —afirmó uno—. Nuestra vida es tuya y de la secta. Dispón de ella como gustes, tú mandas lo que sea y obedeceremos.

—Pues bien, mis órdenes son éstas. Tú,

Ta-hai

, buscarás con arreglo a la lista que ahora te facilitaré, a los número «diez» de cada distrito, comprobando los que faltan. Te faculto para que nombres substitutos y que éstos a su vez se encarguen de los números «ciento» de su demarcación. Esta reorganización debe estar hecha en veinticuatro horas, para poder empezar a actuar rápidamente.

—Bien, Gran Jefe, serás servido diligentemente.

—Tú, Kung, requisarás todos los juncos, «sampang» y demás embarcaciones de nuestros afiliados y les harás recorrer todo el curso del Huang-Ho, desde Pekín a su nacimiento, con orden de vigilar las orillas por si esos perros extranjeros se han embarcado o tratan de embarcar para alcanzar el Tíbet o alguna de sus localidades de tránsito en busca del tesoro. Sospecho que por alguno de los lugares próximos al río, hay algo que ellos conocen y debemos localizarles. Das orden de vigilar bien y sobre todo, si les descubren, los necesito vivos para mí.

—Serás servido rápidamente —afirmó el designado.

—Y tú, Chie-yo, volverás a Pekín y harás indagaciones a ver si averiguas algo respecto a ellos. Vigila la embajada y al Embajador y por ellos quizás sepas algo. Cuando todo esté listo, volvéis a darme cuenta para que yo sepa cómo he de actuar.

Los tres elegidos abandonaron la pagoda, dejando al terrible Jefe entregado a sus meditaciones y se dedicaron a cumplir su misión, ayudándose por cuantos sectarios encontraron a mano para facilitar su tarea.

El primero que regresó a la pagoda con noticias fue

Chie-yo

. Sus pesquisas en Pekín habían sido afortunadas. Allí logró

averiguar cómo el Embajador había acudido al aeródromo con sus dos protegidos y cómo éstos habían escapado en un aeroplano.

También supo la audaz maniobra de uno de sus afiliados, pero nadie había vuelto a saber palabra del aparato ni de su intrépido y suicida polizón.

Wang-Cheng se apresuró a cursar órdenes por todo el Norte para localizar el aterrizaje del aeroplano y tras laboriosas pesquisas, se logró encontrar los restos del avión y las telas de los paracaídas en el desierto de Gobí.

Movilizando todos sus adeptos, se llegó hasta las minas de jade, donde Huang, que yacía malherido por los disparos de los fugitivos, pudo dar algunos detalles de su fuga y de la infructuosa persecución.

También añadió que en previsión de que hubiesen alcanzado alguna localidad próxima al río, había disgregado algunos de sus hombres, que vigilaban Kucilma, Paoteuchen y algunas localidades cercanas al Río Amarillo.

Wan-Cheng hizo buscar a dichos espías y ponerse en contacto con ellos por si éstos lograban encontrar a los fugitivos.

Y así, una tarde, en la plaza del último pueblo citado, Regis fue reconocido por un «coolie» de los destacados y éste hizo correr la voz por las embarcaciones del río, en previsión de que tratasen de embarcar, como era su propósito.

Cuando Wang-Cheng tuvo conocimiento de las pesquisas que se realizaban, trasladó su cuartel general a un pequeño monasterio situado en Chentan, a la orilla del río y allí esperó noticias que no dudaba serían satisfactorias, pues un día u otro, alguno de sus sabuesos localizaría a los fugitivos o por la orilla del río, o por las planicies que conducían a las montañas de los Monasterios sagrados de los Lamas.

Y, fatalmente, por la estrategia desplegada por el paciente y feroz mogol, Karus y sus amigos se vieron envueltos en las redes sutiles que se les tendían y cuando más ajenos se encontraban a un grave peligro, mas se metieron confiadamente en él al aceptar aquel junco que aviesamente les habían puesto a su paso.

El patrón de la tosca nave, un fanático de la secta, tenía orden de apresar a los viajeros o tirarse a la corriente y este dilema le había convertido en una fiera dispuesta a devorar a sus víctimas

antes que ofrendar por ellas su vida.

* * *

El junco, una vez que despegó de la orilla, empezó a remontar la corriente perezosamente. El viento, flojo a aquellas horas, apenas si ayudaba a la cuadrangular vela a impulsar la nave, mientras los remeros, sudando como condenados bajo un sol feroz que hacía brillar sus peladas cabezas como si las hubieran metido en un barril de aceite.

El río se desperezaba, amarillo y sucio, en una anchura de unos cien metros, que se encerraban entre orillas accidentadas, donde el laurel y la morera crecían de un modo salvaje entre las depresiones del terreno.

Regis, que contemplaba malhumorado el lecho amarillo, sucio y fangoso del río, comentó:

—¿Sabe usted la impresión que me da este maldito río?

—¿Cuál?

—La de que vamos a salir de él todos ictéricos.

—Pudiera ser —afirmó el profesor—. Por algo la gente del país le tiene entre ojos y le llama el «Río de la calamidad».

—¿Por qué ese nombre?

—Porque el Huang-Ho tiene bromas capaces de trastocar la geografía del país y merendarse algunos millones de sus habitantes. El Río Amarillo nace entre las nieves del Tíbet, casi junto al Yang-Tse-Kiang o Río Azul, y hasta hace no muchos años, desembocaban casi juntos en el Mar Amarillo, a pesar de que este gira hacia el Norte en un violento recodo y el otro baja al Sur, encerrando lo mejor de China en un anillo de agua.



»El Río Amarillo tiene un recorrido de 4000 kilómetros hasta Su desembocadura en el golfo de Pechili. Con frecuencia solía desviar algo su cauce, sobre todo al Sur de Kaifeng, pero en 1852, no debiendo gustarle mucho el tránsito por aquel lugar, se desvió desde una distancia de 160 kilómetros de proximidad al Río Azul hasta su cauce actual al norte de la península de Chang-Tung. Esta desviación costó la vida a millares de personas que perecieron ahogadas en la inundación y el gobierno, para evitar una nueva catástrofe, tuvo que gastar muchos millones de yens en robustecer las orillas en sus sitios más endebles. Esto no evitó nada; veinticinco años después, se rompieron de nuevo los muros en el mismo sitio y más de un millón de chinos pagaron otra vez con su vida el tributo a los caprichos del río calamitoso.

Regis, que le escuchaba con atención, comentó:

—¡Qué lástima que no se desbordara un día cuando todos esos sapos venenosos estuviesen reunidos y se los tragara a todos...! ¿Por qué cree usted que suceda eso?

—Quizá debido a que el lecho del río es en algún lugar superior de nivel al del país que le rodea por culpa la gran cantidad de barro que almacena. Por eso, es poco navegable además de hosco en algunos lugares donde los rápidos repelen las embarcaciones. En cambio, el Río Azul es bello, majestuoso, lento en su corriente y navegable en una extensión de 1600 kilómetros.

El día se pasó tranquilo y sin ningún acontecimiento que augurase la serie de episodios dramáticos que avecinaban.

Mediado el día, los tres tomaron un ligero refrigerio y volvieron a engolfarse en la contemplación del río, cuya rapidísima corriente debía ser vencida a fuerza de brazos.

Dos o tres veces, los «coolies» del barco se vieron obligados a arrojar al agua y tomar las cuerdas para desde las orillas remontar los desniveles que se oponían a su paso y el profesor, no dejó de compadecer a aquellos infelices, que bajo un sol rudo, desnudos de pies, clavaban éstos en las peñas o la arena, desgarrándoselos para hacer presión y poder remontar el junco sobre el escabroso lecho del río.

Cuando salvado el obstáculo volvían a bordo, se dejaban caer sobre las ardientes tablas agotados y el patrón se veía precisado a usar el látigo para obligarles a tomar los remos y ayudar a la vela.

La noche cayó lentamente sobre el río y la luna, una luna también amarillenta, rodó por un cielo azul pálido, tiñendo de un color acaramelado el paisaje.

El profesor, dirigiéndose a su fiel Regis, dijo:

—¿No has notado nada sospechoso en los tripulantes de este junco?

—No, señor, nada; y crea que no he dejado un momento de estar alerta, pues a poco que pueda, no quiero que me cojan de la mano. Por cierto que a Kao le he puesto en antecedentes, no prolijos, sino someramente, de la clase de persecución que somos objeto por parte de Wang-Cheng y sus huestes.

—¿Y cómo reaccionó el chinito? —interrogó, curioso, Karus mirando con simpatía al interesado.

—En realidad reaccionar no lo hizo; se portó como hacen todos sus hermanos de raza; permaneció extático unos momentos y luego me dijo, «Yo ser chino, pero estar unido con ilustre profesor y usted hasta la muerte». Como puede suponer, esta contestación me

satisfizo enormemente, ¿no es verdad, señor?

—¡Soberbio, Regis, soberbio! Creo que este muchacho nos complementa a ambos, pues a la ventaja de poder pasar desapercibido por cualquier sitio, une la de su juventud que, en sí, ya impide toda sospecha. Pero hasta que le conozcamos a fondo, no le mencionamos para nada el tesoro tras el cual andamos. ¿De acuerdo?

—Completamente, señor. Sólo le advertí que hay una secta de rufianes y sapos coletudos —una ínfima parte en comparación a los muchos hijos honorables que tiene Confucio— que saben somos poseedores de un secreto que quieren arrebatarnos por los medios que sea; pero que nosotros, amantes de nuestro libre albedrío, a nuestra vez, apelaremos a todos los recursos con tal de no darles gusto, ¿me expliqué bien, señor?

—Como el Corán, Regis; y te felicito porque progresas notablemente y cada día que transcurre te vuelves más diplomático y sagaz.

—Gracias, señor; ¿qué no haré yo con tal de que esté satisfecho el hijo de aquel venerable señor que fue su padre?

La conversación, llevada en inglés, no era entendida por Kao, el cual, a la vera de ellos, miraba con cansados ojos la sucia espuma que hacía el junco en su rápida marcha por el centro del río, corriente arriba y que ésta arrastraba furiosamente en su rauda marcha.

Karus, afanoso de sondear por su parte el estado de ánimo de Kao, le dijo cariñosamente:

—¿Estás cansado, buen Kao?

Éste, sonriendo levemente, contestó.

—Para servir a honorable profesor Kao no estar nunca cansado.

La respuesta agradó al profesor, e igual aconteció con Regis que no pudo por menos de manifestar con su peculiar gracejo y simpatía:

—Ya ve, señor, con qué naturalidad manifiesta que por usted está dispuesto a todo. ¡Nada, nada; veo que voy a reconciliarme definitivamente con todos los chinos, especialmente con este pequeño Confucio! —y dirigiéndose a Kao, a la vez que le golpeaba amistosamente la espalda, manifestóle—: ¡Nada, muchacho! si salimos bien de ésta, yo te prometo que te llevaremos con nosotros

a Inglaterra —a la que querrás luego cual si fueras hijo— y allí el profesor, bajo cuyo amparo continuarás, estoy seguro que hará de ti un mandarín tan famoso, que, con el tiempo, todas tus palabras serán difundidas por la inmensa China, cual lo han sido las famosas sentencias de Confucio. ¡Porque supongo que en el curso de su vida Confucio dijo muchas sentencias! ¿No es verdad, profesor?

Rió el interpelado, sonoramente y con placer, la salida de su criado. Pasado aquel momento, se apresuró a manifestar:

—Lo mejor que podemos hacer ahora es descansar. Conviene estar lo mejor preparados posible para las jornadas que se avecinan, que el corazón me dice serán muy duras.

—¡Pues no hay más que hablar; por mi parte, encantado! —manifestó Regis, levantándose al ver que así lo hacían Karus y Kao.

Vencidos por la fatiga, los tres viajeros se cobijaron debajo del tosco cobertizo en el centro del junco, en tanto que los bateleros libres de servicio se dejaban caer sobre las tablas de cubierta, entregándose al sueño o fingiendo que dormían.

El patrón eligió un sitio junto a la borda no lejos del cobertizo, desde donde tenía bajo su soñolienta mirada a los viajeros y también pareció dejarse vencer por la fatiga y el cansancio que le absorbían.

Regis hizo esfuerzos para no dormirse. Nada sospechoso hasta entonces había observado a bordo del junco, ni a través de las orillas, pero un texto sentido le advertía que no debía dormirse si quería evitarse correr un peligro gravísimo.

Pero vencido por la pesadez del ambiente, terminó por imitar a sus dos compañeros y cerrando los ojos, se durmió, entregándose a una pesadilla absurda, en la que los escorpiones de fuego eran el tema principal de ella.

Se pasó más de una hora sin que nada turbase el silencio que reinaba a bordo. Pasado este tiempo, el patrón se irguió lentamente y avanzando hacia popa, echó un vistazo al río. Tras él, a una distancia de unos cien metros, descubrió dos pequeñas embarcaciones movidas a remo que avanzaban como si estuviesen pegadas al junco por una cuerda invisible.

El patrón se volvió de espaldas al cobertizo para no ser observado y sacando del pecho una pequeña linterna con cristal rojo, la encendió, moviéndola en distintas direcciones y haciendo

intermitente su luz.

De una de las barcas salió la respuesta en forma parecida, aunque ahora la luz era verde. Luego, se apagaron las señales y mientras el junco avanzaba más perezosamente, las pequeñas embarcaciones aceleraron el batir de los remos acortando la distancia que les separaba del misterioso junco.

Cuando el patrón estimó que era llegado el momento de obrar hizo una seña enérgica y los remeros, que parecían dormidos como lagartijas, se irguieron en silencio, llevando las manos a sus pechos, de donde extrajeron cuchillos de hojas siniestras y agudas que brillaban a la luz de la luna.

Formando círculo, avanzaron como sombras hasta el cobertizo. Sabían que debían vérselas con dos hombres forzudos, valientes y dispuestos a defender sus vidas, y como tenían orden de apresarlos vivos, esto les iba a situar desventajosamente en la pelea, pues no podían deshacerse de ellos por el medio expeditivo de clavarles sus cuchillos antes de que despertaran, como hubiesen ellos preferido.

De Kao, que dormía junto al cobertizo en su parte externa apenas si se preocuparon, Se trataba de un chiquillo al que no daban importancia alguna y su atención se reconcentró en los dos extranjeros.

Cuando se encontraron a medio metro de los durmientes, el patrón hizo una señal y los siete, como siete fieras, cayeron sobre ellos, formando un amasijo de cuerpos dentro del cobertizo, que crujió lastimosamente al sufrir sus débiles paredes los embates de la terrible lucha.

Regis y el profesor, al despertar bajo la presión de cálidos cuerpos cuyas manos buscaban sus gargantas para reducirles a la impotencia, hicieron un poderoso esfuerzo y trataron de sacudirse aquel peso muerto, pero los «coolies» eran robustos y su decisión apenas si les sirvió para cambiar un poco de postura y revolverse menos angustiosamente dentro de aquel estrecho recinto.

Pronto se dio cuenta Regis de que el propósito era cazarles vivos, pues podían haber hecho uso de sus cuchillos cuando les atacaron de improviso y esta seguridad le dio ánimos para aguantar la desigual pelea.

No le era posible sacar el revólver, pues se sentía medio ahogado por la presión enemiga, pero poseía dos poderosos brazos y dos

piernas que eran dos arietes, además de una fuerza poco común y con la seguridad de que su vida estaba garantizada en lo que era posible, se decidió a romper el estrecho cerco.

Unas manos robustas le atenazaban por el cuello, mientras otras trataban de pasarle una cuerda por el cuerpo para atenazar sus brazos y Regis, en un peligroso esguince de cabeza, logró echarla hacia atrás, para con rapidez volverla hacia delante y clavar sus dientes en aquellas garras de acero.

El chino, al sentir la cruel dentellada lanzó un rugido y retiró las manos. Regis aprovechó aquel momento de respiro para meter los dedos por los ojos al enemigo más inmediato, lanzándole hacia atrás medio ciego.



El campo de lucha acabó de ensancharlo con un feroz puntapié en la mandíbula de un mogol, que crujó como una cáscara de huevo aplastada y logrando incorporarse, aferró al tiempo dos cabezas y las aplastó una contra otra, como si estuviera tocando los platillos de una orquesta.

El profesor, peor situado, apenas si podía ya moverse. Le habían aplastado contra las tablas de cubierta y tenía tres robustos chinos sobre su pecho.

Regis, dándose cuenta, sin dejar de mantener a raya a sus atacantes, sacudía los pies sobre los que aprisionaban al profesor, tratando de apartarlos a golpes, pero poco era lo que conseguía.

De pronto, vibró una detonación y uno de los chinos rodó por cubierta alcanzado por el tiro.

Regis se preguntó quién acudiría en su auxilio. Había olvidado a Kao y no sospechó que éste pudiese haberse librado de ser la primera víctima del ataque.

Pero un grito de alegría se escapó de su garganta al descubrir al valiente muchacho pegado a la borda, detrás de sus agresores, con un revólver aún humeante en la mano.

El disparo acabó de enfurecer a los chinos. Éstos; viéndose así agredidos, trataron de decidir la batalla y los cuatro que se esforzaban en mover los remos para remontar la corriente, abandonaron sus puestos uniéndose a los que peleaban.

Dos nuevos disparos de Kao acabaron de sembrar la confusión, dando tiempo a Regis a sacar también su revólver, pero en el momento en que intentaba secundar al valiente muchacho, uno de los mogoles levantó el brazo armado de cuchillo y, como una centella, lo lanzó contra Kao, que se disponía a disparar de nuevo.

El chiquillo, de una vivacidad maravillosa, pareció adivinar la suerte que le esperaba, pues dio un salto inverosímil y se lanzó al agua en el momento justo en que el cuchillo se clavaba en el lugar de donde acababa de desaparecer.

Pero ahora, el revólver de Regis substituía al del chino tronando con acierto. Dos de los enemigos que habían logrado reducir a la impotencia al profesor, cayeron con el pecho atravesado, lo que permitió a Karus rehacerse y unirse a su criado empuñando también el arma.

Con esta ayuda frente a cinco únicos enemigos, Regis recobró la confianza y gritó:

—¡Adelante, profesor! ¡Vamos a barrer de ratas apestosas la cubierta de este maldito junco!

Pero en aquel momento, un horrible griterío se elevó del cauce del río y docenas de voces anunciaron la proximidad de un nuevo y mayor peligro.

Se trataba de la tripulación de las dos lanchas que se acercaba al junco, trepando como lagartijas por sus altas bordas, para irrumpir en cubierta como una legión de demonios.

El refuerzo era inquietante. Unas dos docenas de feroces chinos armados de agudos yagatanes que se lanzaban al asalto sin miedo ni

preocupación por las balas.

Regis y el profesor agotaron en un rápido ataque todas las municiones de sus revólveres con suerte varia, pues si bien eliminaron algunos enemigos, no todas las balas pudieron ser aprovechadas y, sin tiempo para cargar de nuevo las armas, tuvieron que aceptar un desigual combate en el que llevaban todas las de perder.

Pero decididos a no rendirse, pues sabían la suerte que les reservaría su irreconciliable enemigo Wang-Cheng, se lanzaron ciegamente sobre el grupo, dispuestos a abrirse paso y a arrojarse al agua, confiando en encontrar en el río la salvación que a bordo del junco era imposible hallar.

Capítulo cuarto

UNA LUCHA FERROZ

Cuando el pequeño Kao se lanzó decidido al agua, sabiendo que sólo con aquel gesto podía salvar su vida, la suerte le favoreció doblemente, pues su caída coincidió con el intento de asalto de los tripulantes de las lanchas y éstos, ocupados en trepar a bordo, no repararon su atención en él.

El muchacho se sumergió vivamente en previsión de haber sido descubierto y dos minutos después surgía de nuevo en el agua, echando un vistazo al junco.

En éste tronaban los revólveres del profesor y Regis y el muchacho se preguntó qué podría hacer para ayudar en tan crítica situación a los que le habían salvado la vida y a los que estaba ligado para siempre.

Con asombro, observó que el junco, abandonados los remos y la vela, en lugar de remontar la corriente, retrocedía arrastrado por ella, como igualmente las dos barcasas que habían sido abandonadas totalmente por sus tripulantes.

Como un delfín, nadó por las fangosas aguas del río, tratando de apresar una de las lanchas, hasta que consiguió aferrarse a ella e izarse a bordo y cuando lo logró, hizo maniobrar el timón de forma que pudiese acercarse al junco, que huía velozmente corriente abajo.

Alguien debía haber quedado al timón para evitar que la tosca nave, perdida la dirección, se estrellase contra las orillas y Kao se propuso eliminar al timonel para provocar la catástrofe.

Si lo conseguía, quizá en la confusión que debía producirse al choque, todos cayeran al agua y él pudiese brindarles ayuda para conseguir que alcanzasen la barcaza y burlasen una vez más a sus enemigos.

Se irguió sobre las tablas y echó un vistazo a la popa,

descubriendo al chino, que aferrado al timón, volvía inquieto la cabeza hacia cubierta para seguir con emoción e interés las fases de la lucha.

Kao no quiso entretenerse en intentar subir de nuevo al junco, pues sabía lo preciso que era aquel tiempo, además de que corría peligro de perder la barcaza. Más eficaz era su plan y lo puso en práctica.

Sacó el cuchillo del pecho y con destreza de juglar, lo lanzó sobre el timonel. Éste, alcanzado en el cuello, abrió los brazos, lanzó un grito agudo que se perdió entre los muchos que se oían en cubierta y cayó al agua como un plomo.

El junco, perdida la dirección, cabeceó y ayudado por un empujón de Kao, derivó hacia la orilla en su violento retroceso, pues la corriente del Río Amarillo es rapidísima.

El muchacho apartó la barca de la trayectoria del junco para no verse entrampillado entre éste y la orilla y esperó con el corazón palpitante.

Instantes después, el pesado navío chocaba de popa contra la rocosa orilla, lanzando a todos los luchadores por las tablas de cubierta, al tiempo que se abría en dos mitades y se inclinaba de lado, volcando al agua a todos los que transportaba.

En la noche azul se elevaron gritos, maldiciones, imprecaciones, alaridos de rabia y de dolor y las aguas se agitaron como si una manada de tiburones hubiese surgido del seno del río.

Los náufragos luchaban no sólo por mantenerse a flote, sino por no perder su codiciada presa y Kao, de pie sobre la lancha, cuidando de que ésta no chocase contra la orilla, exploraba las aguas buscando a sus amigos.

El pesado junco, partido en dos, empezaba a derivar también como una barredera río abajo y el muchacho temía que alcanzase la barca o a alguno de sus salvadores.

—¡Profesor! ¡Señor Regis! ¡Aquí Kao en la barca!

Pronto la voz del criado, dominando el tumulto, se elevó potente, gritando:

—Allá vamos, pequeño. ¡Cuidado con estos sapos!

Regis y el profesor, excelentes nadadores, se debatían en el agua hurtando el cuerpo a sus enemigos, que trataban de apresarles y se sumergían, viraban de lado, sacudían con fuerza los pies, tratando

de alejar a sus seguidores, mientras procuraban ganar la barca, que se dejaba deslizar por la corriente, guiada por la suave mano del muchacho.

Éste, con un pesado remo bien aferrado, vigilaba la maniobra de sus enemigos y cuando alguno trataba de acercarse a la barca para subir a bordo, levantaba el remo y lo dejaba caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza del osado, obligándole a soltar la borda con un rugido de dolor y rabia.

Regis, seguido del profesor, maniobraba para acercarse a Kao, el cual hacía todo lo posible por mantener la barcaza cerca de sus amigos, aunque algunas veces, para librarse de los ataques, se veía obligado a variar el rumbo, alejándose del sitio proyectado.

Por fin, Regis logró acercarse a él y aunque algunos chinos hicieron esfuerzos para impedirlo, la audacia y valor del muchacho manejando el pesado remo con eficacia, ayudaron al bravo criado para permitirle alcanzar el interior de la barcaza.

Cuando extenuado por lo mucho que había luchado tanto en el junco como en el agua, logró verse libre, tendió la vista en derredor buscando inquieto a Karus, el cual se debatía penosamente rodeado de un grupo de enemigos que maniobraban en el agua para no dejarle escapar, empujándole insensiblemente hacia la orilla opuesta.

Regis quiso emplear el revólver, pero las municiones mojadas no respondieron y entonces, desesperado, tomó dos de los remos que habían quedado en el fondo de la barcaza y empuñándolos vigorosamente, advirtió:

—¡Tigre del desierto!... A ver cómo hundes cuantos cráneos se opongan a nuestro paso. Tenemos que salvar al honorable profesor.

Regis remó reciamente echando la barcaza sobre el grupo, mientras Kao, haciendo esfuerzos supremos, blandía el remo golpeando sin cesar para alejar a sus enemigos y poder llegar hasta el profesor.

Por fin, la maniobra tuvo éxito. Regis consiguió abrirse paso entre los pegajosos sectarios y llegar hasta el profesor, que completamente agotado, carecía de fuerzas para continuar nadando.

Regis se inclinó sobre la borda, asiéndole por el cabello en el momento en que se dejaba hundir y tiró de él hacia la barca, pero un chino ensangrentado, con la cabeza abierta por un feroz golpe de

remo, surgió inopinadamente fuera del agua, armado de un agudo cuchillo y se lanzó sobre el profesor, dispuesto a matarle antes que dejarle escapar.

Regis lanzó un rugido y soltó rápidamente al profesor, el cual se sumergió de nuevo agotado del esfuerzo, más el bravo criado no estaba dispuesto a dejarle ahogar. Arrancó violentamente el remo de manos de Kao y lo descargó con todas sus fuerzas sobre el cráneo del chino.



Fue tal el impacto, que el pesado adminículo se tronchó por la mitad y el chino, con la cabeza completamente destrozada, se hundió tiñendo las aguas de rojo.

Pero el profesor había desaparecido y Regis, dominado por la desesperación, se arrojó al agua, diciendo:

—¡Procura seguirme, pequeño! ¡Hay que salvar al honorable señor!

Como loco, buceó en la corriente y un rayo de esperanza brilló en sus ojos al descubrir como Karus, en un ansia suprema de vivir, había reaccionado y surgía sobre el agua un momento, tratando de mantenerse a flote.

Regis nadó vigorosamente hacia él consiguiendo aferrarle de

nuevo por el pelo y sacarle a flote. Un minuto más que hubiese tardado y Karus se hubiese hundido para siempre.

Con el peso de su cuerpo le era imposible nadar hacia la barcaza, que guiada por el muchacho se acercaba a ellos, pero aún surgían enemigos en derredor que pugnaban por apresarles.

Por fin Kao logró avanzar con la embarcación, rozándoles al pasar. Regis, sin soltar al profesor, alargó la mano y se aferró a la borda, dejándose arrastrar por la chalupa.

Entonces Kao se inclinó y a pesar de sus escasas fuerzas, consiguió ayudar al bravo criado a izar al profesor, que fue depositado exánime sobre el fondo.

Cuando Regis se disponía a subir, dos chinazos hercúleos consiguieron alcanzarle aferrándole por la cintura con saña. Regis, sin tiempo a soltar el borde de la embarcación, tiró de ésta bruscamente, volcándola sobre la corriente con Kao y Karus, los cuales desaparecieron en el rápido torbellino de las aguas.

Rabioso, se revolvió contra sus agresores, en el momento en que los restos del junco, arrastrado por el impetuoso deslizarse del río, llegaban hasta ellos, chocando con sus cuerpos en un golpe brutal. Esto deshizo el abrazo de los luchadores, que se vieron arrollados por el alud de tablas y empujados hacia el fondo inexorablemente. Y la catástrofe culminó cuando en su desesperada lucha por mantenerse a flote, alcanzaron un rápido de los que habían remontado horas antes. El peligroso desnivel, surgiendo inopinadamente, arrastró entre la catarata de agua y cieno a todos los que se debatían en torno a los restos del junco.

Absorbidos por la fuerza de la corriente, no pudieron evadir su atracción y hombres y tabloncillos se precipitaron en la catarata, sumergiéndose entre torbellinos de azulada espuma...

* * *

Cuando el profesor volvió en sí y abrió los ojos, lo hizo bajo los efectos de un terrible dolor de cabeza y una pesadez enorme en todos sus miembros. Sentía la sensación de que enormes tenazas se clavaban en sus brazos y piernas y se preguntaba perturbado aún por las situaciones sufridas, qué le habría sucedido y donde se

encontraría, pues apenas si recordaba un ápice de todo lo que le sucediera cuando se consideró perdido en las anchas ondas del asqueroso río.

Sobre él, resplandecía un cielo azul punteado de estrellas y cuando tendió la vista en derredor, alcanzó a comprender el dolor que le atormentaba. Estaba reciamente atado al tronco de un árbol y las ligaduras de los pies y los brazos eran las que se le clavaban a las carnes como dientes de cepos.

Sin hacer movimiento alguno que denunciase que había recobrado el uso de sus facultades, examinó cuanto alcanzaba su vista y pronto descubrió a pocos pasos de él, dos feroces chinos que armados de yataganes, vigilaban su persona.

Karus cerró nuevamente los ojos y esperó. Si sus guardianes cambiaban alguna frase entre sí, podría hacerse una idea de lo que había sucedido y, sobre todo, qué suerte habrían corrido sus heroicos compañeros.

Por fin, al cabo de un rato, uno de sus guardianes se levantó, acercándose a él para examinarle. Karus apretó los ojos y se dejó caer fláccidamente sobre las cuerdas para dar mayor sensación de inercia.

El vigilante volvió a su sitio y el compañero preguntó:

—¿Igual?

—Lo mismo. Creo que tardará mucho en volver en sí.

—¿Cuándo crees que aparecerá alguien a hacerse cargo de él?

—No sé. La batalla ha sido horrible y todos nos hemos desperdigado a lo largo del río. En el rápido han muerto ahogados algunos y nada sabemos si han capturado al otro perro extranjero. Nosotros tuvimos suerte al pescar a éste cuando estaba a punto de ahogarse.

—Así es; al menos por nuestra parte, hemos cumplido lo ordenado y nos salvaremos de un castigo terrible.

—Lo malo es, que el número «diez» ha muerto ahogado y no sabemos quién se hará cargo del preso, ni adónde habrá que conducirlo. Le oí hablar algo del monasterio de Chentan, pero no sé más.

—Esperemos a que se haga de día a ver si acude alguien. Si no, haremos sonar nuestras trompas para dar el aviso de alarma y alguien vendrá a ayudarnos.

—El caso es, que estoy rendido —dijo uno de ellos—; la paliza que nos ha dado el otro ha sido horrible y a mí me dejó tronchado.

—Y yo también. Creo que debes dormir un rato y luego me relevas. Aún faltan lo menos cuatro o cinco horas para que salga el sol.

—Has tenido una idea. Descabezaré un poco el sueño y cuando creas que es hora, me llamas.

El que hablaba se dejó caer sobre la dura tierra y poco más tarde dormía profundamente.

El otro vigilante se acercó al árbol y tras asegurarse que las ligaduras estaban en orden y que el preso no podría evadirse de ellas, se sentó a un lado con las rodillas dobladas y los codos apoyados en ellas para sujetar su cabeza. De esta forma, permaneció más de una hora y debió sentirse tan atacado de cansancio, que terminó por quedarse también entregado al sueño.

Karus, que había abierto los ojos, se daba cuenta de ello, pero se veía impotente para aprovechar aquella coyuntura y poderse librar del martirio que significaba para sus carnes la presión de las cuerdas.

De repente, una leve sombra se dibujó sobre el claro de luna que bañaba la tierra y Karus, tenso de cuerpo, se preguntó quién sería el misterioso ser que avanzaba tan solapadamente.

Por un momento tuvo la corazonada de que se trataba de su fiel criado, pero pronto se desvaneció esta esperanza. La sombra era menuda y correspondía a un chino.

Pero su asombro subió de punto cuando la sombra tomó forma y descubrió que se trataba del pequeño y valiente Kao, que, como un jaguar, avanzaba paso a paso, moviéndose como si su cuerpo fuera una masa ingrátida.

El astuto chino fue dando la vuelta hasta situarse cerca del árbol con un dedo apoyado en la boca demandando silencio y el profesor, reconcentrando en él sus esperanzas, contuvo hasta la respiración.

Kao dio la vuelta al árbol sin que los guardianes sospechasen su presencia y con su fino cuchillo, cortó las ligaduras del profesor. Éste tuvo que realizar un supremo esfuerzo para no lanzar un suspiro de satisfacción y, sobre todo, para mantenerse erguido y no caer.

Kao le hizo un enérgico ademán para que se quedara apoyado en

el árbol y no se moviera y entregándole el cuchillo, avanzó arrastrándose por tierra hasta los dormidos guardianes.

Su propósito era apropiarse de los alfanjes que yacían junto a ellos para desarmarles y al tiempo, poseer armas con que defenderse.

Con su agilidad felina, consiguió acercarse a los durmientes y apropiarse de las terribles armas. Cuando las tuvo en su poder, retrocedió tan silenciosamente como había avanzado y acercándose a Karus, que se había repuesto un poco, le hizo señas para que le siguiera, apartándose de tan peligroso lugar.

Por fin, a unos veinte metros, ocultos entre unas moreras salvajes a través de las cuales podían seguir cualquier movimiento de sus enemigos, pudieron hablar libremente.

Karus, emocionado, abrazó al bravo chinito, murmurando:

—Gracias, pequeño; eres un valiente y algún día trataré de pagarte esta deuda que contraigo contigo.

—¡Oh, Kao nada hizo! Debía vida a honorable profesor y paga deuda. También debe vida a honorable señor Regis, pero nada sabe de él.

—¿Le habrán capturado como a mí?

—Kao no sabe. Señor Regis volcó la barca luchando con enemigos cuando profesor estaba dentro y todos caímos al agua. Yo pude ganar orillas sin ser descubierto y ver como aprisionaban a honorable señor. Les he seguido sin que me viesen y esperaba ocasión de prestar ayuda.

—Me inquieta la suerte de nuestro amigo Regis. Sería para mí algo doloroso si se hubiese ahogado o le tuvieran prisionero.

—Kao también lamenta, pero nada sabe... Y ahora, honorable señor dirá qué hacemos.

¿Qué opinas tú?

—Debíamos cortar cabeza a guardianes. Luego arrojar a río.

—Sí, pero... ¿No es un crimen a sangre fría? Yo no tengo valor para matar a un hombre dormido e indefenso.

—Honorable señor manda, pero aquí corremos gran peligro; hay que hacer algo.

—Huiremos hacia el interior. Les dejamos desarmados y nada pueden hacer de momento. Si encontrásemos más adelante algún refugio, podríamos esperar a que desistiesen de perseguirnos.

—Honorable profesor manda —repuso Kao— pero yo cortaré cabeza de bandidos. Honorable señor no conoce chinos.

—Sí, los conozco, Kao, aunque algunos, como tú, no se parecen al resto, pero me repugna un asesinato. Por otra parte, debemos no separarnos mucho de estos lugares. Estoy muy inquieto por la suerte de Regis.

—Kao también llora desaparición de honorable señor Regis. Si encontramos refugio, Kao buscará huellas tuyas.

—Pues andando. Aprovechemos la noche para alejarnos de estos parajes.

Cautelosamente emprendieron la fuga, internándose hacia el interior. El terreno quebradizo, algo montañoso con barrancas y cortadas quizás les facilitase algún refugio difícil de localizar y fácil de defender en caso de peligro.

Guiados por la luz de la luna, caminaron buscando los lugares más abruptos y de suelo más duro para borrar sus huellas, pues no dudaban que sus vigilantes, cuando despertasen y les echasen en falta, habría de explorar todo el terreno en su busca.

Pese a lo agotado que se hallaba, Karus no dejaba ni un solo instante de pensar en su fidelísimo criado. Sin él, y aunque a su lado se hallaba el abnegado Kao, no sabía qué hacer ni dónde dirigirse. Para el profesor, Regis era algo más que un simple criado; era más bien el amigo sincero y optimista que sabía enfrentarse con la muerte —la horrible muerte que representaba caer en manos de los feroces rufianes de la secta—, con el rostro sonriente.

Su jovialidad y leal colaboración en la obra que Karus pensó llevar a cabo, habían hecho que éste reconociera a Regis en su justo e inapreciable valor: Era, en una palabra, el amigo solícito y cordial con el cual podía confiarse en las peores desventuras.

Todos estos pensamientos convergían, en rápido tropel, en la mente del profesor, mientras al lado de Kao andaba con premura, afanoso de librarse de la persecución de la secta y, a la vez, de lograr saber el paradero del desaparecido Regis.

Parecía extraño que ambos, después de las terribles aventuras pasadas, tuvieran todavía resistencia para llevar aquella acelerada marcha.

—Si hemos todavía de andar mucho más, voy a caer derrengado —no pudo por menos de exclamar el profesor.

—¡Adelante, honorable señor, adelante! Cuando chinos descubrir fuga, ponerse furiosos y buscar por todos lados hasta descubrírnos.

Amanecía cuando, cansados, agotados de las mil emociones sufridas, se detuvieron al pie de una abrupta colina de laderas quebradas pero asequibles a la ascensión.

Kao, inquieto al observar la salida del sol, dijo:

—Si honorable profesor puede subir por aquí, montaña sería buen refugio y lugar de observación.

—Lo intentaré, Kao, pero estoy hambriento y sediento.

—Profesor puede beber agua en regato próximo. Arriba encontraremos moreras dulces.

Estas palabras recordaron a Karus que en otra ocasión, en que también él y Regis acababan de escapar de una acechanza, se hartaron con prodigalidad de aquel sabroso fruto. Y recordando al ausente, exclamó el profesor:

—¡Vamos a calmar nuestra sed!

Bebieron agua en un arroyo cercano y se dispusieron a escalar la montaña. Cuando apenas había avanzado unos metros por la peligrosa pendiente, llegó a sus oídos el agudo vibrar de una trompeta, que poco después era contestada por otra más a la derecha y luego por otra en sentido contrario.

Kao, alarmado, exclamó:

—¡Deprisa, honorable profesor! ¡Bandidos avisan su fuga por el valle y montañas! ¡Chinos no tardarán en salir con «deggs» (perros feroces) en nuestra busca!

Los dos aventureros, realizando esfuerzos heroicos, exponiéndose a rodar trágicamente, alcanzaron la cima tras un rudo forcejeo y cuando llegaron ella, se dejaron caer sin alientos.

Repuestos un poco de la fatiga, se asomaron al borde echando un vistazo en derredor. Desde allí se abarcaba un panorama áspero, de altas colinas, cortadas tortuosas y valles amplios surcados por algunos arroyos. También se divisaban arrozales y plantaciones de laureles o algodóneros.

Karus, de repente, palideció. Por unas sendas infernales que bordeaban el monte, avanzaban unos cuantos mogoles azuzando unos feroces perros, grandes como lobos. Los sabuesos, con las orejas erizadas y la cola levantada, oteaban el aire y se dirigían

hacia la montaña, ladrando de un modo impresionante.

El profesor no dudó en suponer que no tardando mucho, aquella jauría terrible descubriría su refugio y sacando el revólver y las balas, colocó éstas al sol para que se secaran, dispuesto a usarlas sañudamente en defensa de sus amenazadas vidas...

